

*Apertura del acto por el académico Presidente  
Dr. Segundo V. Linares Quintana*

La Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas incorpora hoy a su claustro a su nuevo miembro de número, el doctor Félix Luna.

En el nombre de esta ilustre corporación y en el propio, tengo el grato honor de dar la más cordial bienvenida a tan calificada como prestigiosa personalidad que se destaca con perfiles netos en el “ámbito sublime de los espíritus que en la peregrinación de la vida sólo tienen reposo en los valles solitarios y silenciosos de la ciencia”, para emplear las inspiradas palabras de Joaquín V. González.

El discurso de presentación del nuevo miembro de número estará a cargo del académico doctor Natalio R. Botana y el beneficiario disertará sobre el tema “Fracaso y reconstrucción de un partido”.

Tiene la palabra el académico doctor Natalio R. Botana.

con José Luis Romero; su paso por la cátedra universitaria en la Universidad Nacional de Buenos Aires, en la Universidad de Belgrano y en la Universidad del Salvador; su incorporación a la Academia Nacional de la Historia como miembro de número en 1992; su presencia constante en la prensa escrita, la radio y la televisión y, por fin, esa empresa admirable que fundó en 1967 y que, luego de festejar con alborozo sus primeros treinta años, ha llegado lozana hasta nuestros días: la revista “Todo es Historia”.

Soy consciente de que han quedado muchas cosas en el tintero: la poesía, la música, los premios a su labor, las funciones públicas que le tocó desempeñar. Y no me parece que esta metáfora, que por cierto evoca un recipiente en vías de extinción, haga las veces de un lugar común o de un banal recurso retórico para llenar el espacio de este elogio académico. Tinteros de viejos escritores. Luna, como todos nosotros, no los usa desde hace muchos años. El es un escritor que golpea sobre su vieja máquina y, gallardamente, no se inclina ante una computadora. Pero es un enamorado de su oficio y lo confiesa sin vueltas en sus recuerdos y memorias que publicó en 1996 con el título de *Encuentros*. Dice así: “Aquí llega el momento de decir algo que el lector ya habrá percibido: me encanta escribir. Aclaro: me encanta escribir cuando lo hago libremente, sin otra compulsión que la que yo mismo me impongo y sobre algo que me gusta. Sólo hay un placer comparable al placer de escribir una página como si uno estuviera transportado, como si alguien le estuviera dictando, leerla después, hacer alguna pequeña corrección al texto y luego leerla de nuevo para encontrar que está bien, salió redondo, se ha dicho lo que se quería decir y se ha dicho sin nada de más o de menos”.

Es un bello texto; no tanto porque en él resuena una suerte de autocomplacencia con la propia escritura, sino por el hecho mucho más atrayente que comprueba cómo esas palabras levantan vuelo con independencia de las intenciones de quien las escribe y buscan encontrarse con el temperamento amigable del lector. Luna buscó siempre esa amistad secreta entre el autor y el lector, hecha de satisfacciones, críticas y malhumores. Para él, lo

dice en los encabezamientos mensuales de “Todo es Historia”, el lector es un amigo. Lo que acaso no conozcan los lectores -aunque sin duda puedan encontrar pistas esclarecedoras en su libro de recuerdos- es la permanente actitud de Luna frente a la vida histórica. Me atrevería a decir que nuestro querido Falucho no para nunca; está siempre al acecho, invadido por una infinita curiosidad. La ansiedad de Luna es un motor imparable para escribir, para decir, para transmitir o para entregarse a su otra vocación de lector voraz.

Pero, me dirán ustedes, ¿por qué este historiador ocupa hoy un sillón en nuestra Academia? Las respuestas posibles son muchas y se inscriben en la secular pesquisa en torno a las dimensiones de la ciencia política. Parafraseando a Norberto Bobbio y, más atrás, a Kant, podemos alegar que la teoría política sin historia está ciega y la historia sin teoría carece de rumbo. Éste no es un argumento banal porque da en el blanco de aquello que Raymond Aron llamó la historicidad de las ciencias sociales. Creo que no estoy forzando la interpretación de los textos de Luna si digo que, sobre todo, ellos configuran las líneas básicas de una historia política.

Una historia política, en efecto, que si, a primera vista, conforma un relato clásico y narrativo, en una lectura más profunda permite detectar un rico trasfondo teórico. De ese yacimiento Luna extrajo los conceptos básicos de un ensayo que conserva relevante actualidad. Me refiero a *Fuerzas hegemónicas y partidos políticos*, publicado en 1988, donde el autor destaca un problema no resuelto de la política argentina: el de la acción repetida de un talante hegemónico que va a contrapelo de las reglas y principios de una democracia pluralista.

Las tradiciones hegemónicas -sean éstas de origen elitista o popular- han sido en nuestro país una de las fuentes de una duradera crisis de legitimidad. Más de medio siglo le costó a la Argentina entender las reglas básicas de la legitimidad democrática. En medio de esa secuencia -casi como un signo arquetípico de esa querrela que parecía interminable- hubo un año decisivo: *El 45*. Este libro está a punto de cumplir treinta años y es un modelo para entender cómo se puede hacer historia

política merced a una feliz cruz de géneros. En *El 45* hay, en primer lugar, una reconstrucción precisa de ese año en que la Argentina se partió en dos; un relato que se bifurca en dos historias paralelas -la del gobierno y la de la oposición-, teñido por la hostilidad y por una curiosa paradoja: quienes se rechazaban compartían sin embargo un mismo estilo para volcar las pasiones al combate público. La intriga, así expuesta, es materia suficiente para dejar satisfecho al lector. Pero en esta reconstrucción del pasado próximo, también late, como Groussac aconsejaba a los historiadores, el discreto ejercicio de las remembranzas personales. Es la evocación de un actor que, a pesar de ser entonces un sujeto comprometido, sabe depurarse de las pasiones para convertirse en testigo y espectador. Sugestivo cambio de papeles que rara vez ocurre.

La historia política es pues multifacética. Y esta policromía es aun más reveladora cuando está sostenida, en quien la hace, por dos sólidos arbotantes. Nuestro colega ha defendido siempre la moral pública de un demócrata; moral tolerante y abierta que, al paso de estas décadas, ha ido limitando las asperezas de las viejas discordias. Nunca abdicó Luna ante la prepotencia y el oportunismo, quizás porque más atrás de estas vicisitudes tuvo la dicha -la tiene ahora e intacta- de vivir con una familia encantadora, linda e inteligente por donde se la mire, por donde se la escuche y por donde se la lea.

Gracias Félix Luna por estar entre nosotros y regalarnos esta reflexión tan esperada sobre el fracaso y la reconstrucción del partido radical en los años cuarenta.

## FRACASO Y RECONSTRUCCIÓN DE UN PARTIDO

Por el académico DR. FÉLIX LUNA

El 24 de febrero de 1946 la candidatura del coronel Juan Domingo Perón triunfó en las elecciones generales. Fue la peor elección que hizo Perón en toda su trayectoria (51% contra el 49% de la Unión Democrática) pero posibilitó que el nuevo presidente pudiera controlar todos los gobiernos provinciales menos Corrientes, la totalidad del Senado menos dos bancas y los dos tercios de la Cámara de Diputados.

El suceso electoral cambió la vida del país y abrió una nueva etapa política, con otros hombres, otro lenguaje y otro estilo de gobierno, muy diferentes a los que habían regido hasta 1943. Se pueden formular muchas reflexiones sobre el significado de los comicios de 1946 pero sólo me referiré a uno: el fracaso electoral del radicalismo.

Desde la vigencia de la ley Sáenz Peña, la UCR había sido la fuerza política generalmente mayoritaria, impuso a Hipólito Yrigoyen como presidente en 1916, le dio el triunfo a Marcelo T. de Alvear en 1922 y volvió a darle la victoria a Yrigoyen en 1928, a pesar de la división que el partido había sufrido en esa década. En 1931, en las elecciones convocadas por el gobierno de facto, éste debió recurrir al veto de la postulación de Alvear, para evitar el seguro triunfo del radicalismo, que por otra parte ya había tenido lugar en la provincia de Buenos Aires en abril de ese

mismo año, en elecciones que, como se sabe, fueron anuladas. Y en 1937, el radicalismo fue derrotado, pero mediante la implementación de un gigantesco fraude. En esa época, década del '30, los diarios llamaban al radicalismo "el partido mayoritario" y era evidente que esto era así. Ni siquiera la derrota que sufrió en la Capital Federal en las elecciones de diputados de 1942 lo privó de esta virtud, que era como un lugar común, una convicción indiscutible en el lenguaje y los usos políticos de la época.

Pero en 1946 la UCR cayó derrotada. Y derrotada por un intruso de la política, un militar a quien nadie conocía tres años atrás, que se había presentado a la lucha electoral apoyado por un heterogéneo y caótico conjunto de desertores de los partidos tradicionales, de dirigentes sindicales y otros elementos apresuradamente reclutados en los más diversos sectores; una composición política tan improvisada que hasta último momento no tuvo candidatos firmes en muchos distritos, y cuyas peleas internas habían sido feroces. Sin embargo, aquel hombre y este movimiento habían derrotado al supuesto "partido mayoritario", a la respetable fuerza fundada por Leandro Alem, el movimiento histórico que había democratizado la República.

¿Qué había pasado? Para entender esto y lo que sucedió después, es conveniente remontarnos unos años atrás.

Alvear condujo el partido desde 1931. Su aspiración radicaba en unificarlo, atrayendo a los yrigoyenistas y a los antipersonalistas, para solidificar una fuerza que pudiera derrotar en las urnas al gobierno de Justo. Para ello debió repudiar los intentos revolucionarios de algunos radicales que no se convencían de que el ejército sostenía al régimen vigente. Impulsó el levantamiento de la abstención y trató, a veces con éxito, de incorporar a sectores que se habían alejado del tronco original, como los radicales de Entre Ríos, los concurrencistas tucumanos y hasta los bloquistas de Cantoni en San Juan. Con el mismo criterio, Alvear asintió a que los concejales de su partido en la Capital Federal votaran la prórroga de la concesión de la CHADE y cerró los ojos frente a las coimas que rodearon este negocio: él creía que

este favor al poderoso "holding" del que dependía la CHADE cimentaría la respetabilidad del radicalismo en el mundo empresario y financiero, y facilitaría su acceso legal al poder. Igualmente, Alvear transigió con las "trenzas" de la Capital Federal y provincia de Buenos Aires, estructuras caudillescas profundamente perversas pero que, a su juicio, eran indispensables para motorizar el aparato partidario. Y, en coherencia con actitudes personales anteriores, no compartió las posiciones neutralistas que había sostenido Yrigoyen y desde las vísperas de la segunda Guerra Mundial tomó una posición hostil al Eje y de amplia simpatía por las naciones aliadas.

Esta política provocó el alejamiento silencioso de algunos próceres como Honorio Pueyrredón, Adolfo Güemes y Ricardo Rojas y también la resistencia de sectores juveniles. FORJA, fundada en 1935, agrupó a jóvenes universitarios que rescataron la tradición yrigoyenista, antiimperialista, antioligárquica y nacionalista del radicalismo y llevaron adelante una amplia labor de difusión doctrinaria a través de sus célebres "Cuadernos". Hubo otras agrupaciones en la misma sintonía, pero tanto éstas como el movimiento revisionista de la provincia de Buenos Aires encabezado por Ricardo Balbín, entre otros, fueron aplastados por la incontrastable autoridad de don Marcelo.

Cuando Alvear murió, en 1942, la conducción del radicalismo quedó en manos de sus herederos políticos. Pero durante la vigencia del gobierno de facto iniciado en 1943 y al compás de la inminente finalización de la guerra mundial, ya con la presencia revulsiva de Perón en el ruedo político, aquellos grupos que se filiaban en la tradición yrigoyenista empezaron a reunirse para preparar su entrada en el juego del poder que inevitablemente se abriría en el campo electoral.

Los de FORJA no, porque en su mayoría se pasaron al naciente peronismo, lo mismo que los revisionistas bonaerenses que, salvo Balbín, hicieron lo propio. Pero muchos jóvenes radicales como Arturo Frondizi, Moisés Lebehson, Crisólogo Larralde y otros, los seguidores de Amadeo Sabattini en Córdoba y el interior, los antiguos núcleos antialvearistas de la Capital Federal, con la simpatía de Pueyrredón, Güemes, Rojas, Elpidio

González y otras personalidades destacadas, llegaron a la conclusión de que era necesario imprimir al radicalismo un contenido ideológico más moderno, una renovación de dirigentes y un cambio en las prácticas internas. Sólo así, pensaban, la UCR podría ofrecer una propuesta atractiva al electorado cuando llegara el momento de una confrontación electoral con el que ya se veía -estamos a principios del 45- como el candidato del régimen militar.

El 5 de abril de 1945 muchos de estos dirigentes se reunieron en la ciudad de Avellaneda y dieron a conocer un manifiesto que constituía un verdadero programa. Proclamaba la necesidad de depurar la dirigencia partidaria, afirmaba que la tierra debía ser de quien la trabajara, se pronunciaba contra los monopolios, postulaba la nacionalización de todas las fuentes de energía natural, los servicios públicos y los monopolios nacionales o extranjeros que trabaran el progreso económico del país y se oponía a que el radicalismo concertara pactos o acuerdos electorales o participara en gobiernos no surgidos de sus propias filas.

La “Declaración de Avellaneda”, como se la conoció, estaba profundamente influida por el pensamiento de posguerra, el ideario del laborismo británico y el “New Deal” y pensadores como Harold Laski y Karl Manheim. Era voluntarista y en muchos temas, utópica, pero fuera como fuera, recogía aspiraciones que flotaban en la atmósfera de ese tiempo en todo el mundo civilizado. Recordemos que en abril de 1945 la guerra estaba prácticamente terminada y en la Europa liberada prevalecían gobiernos fuertemente estatistas con el propósito de que la reconstrucción contemplara los grandes problemas sociales y económicos que había dejado la guerra.

En noviembre de ese mismo año 45, dirigentes de todo el país se reunieron en Rosario y dejaron formalmente constituido el Movimiento de Intransigencia y Renovación que, además de reafirmar la “Declaración de Avellaneda”, dejó planteadas las reformas internas que, a juicio de los assembleístas, necesitaba el radicalismo: voto directo de los afiliados para la elección de candidatos, exigencia de dos tercios para las reelecciones y

régimen de asambleas para sacar las decisiones de manos de las trenzas y conciliábulos de dirigentes.

Con aquel bagaje intelectual y esta organización, los intransigentes se lanzaron a la lucha interna en los últimos meses de 1945 y primero de 1946.

Se trataba de definir la estrategia partidaria de cara a las elecciones generales de febrero de 1946. La conducción nacional, de ascendencia alvearista, planteaba la conveniencia de que todas las fuerzas opositoras a Perón convergieran en una alianza "contra el nazifascismo" con el valor entendido de que los socialistas, los demócratas progresistas, los comunistas y eventualmente los conservadores, votarían a la fórmula presidencial que proclamara el radicalismo. Ellos concebían que sólo un gran acuerdo cívico obstruiría el intento continuista del gobierno de facto, al tropezar con el rechazo de la ciudadanía entera a través de la totalidad del espectro de los partidos tradicionales.

Por su parte, los intransigentes exaltaban la tradición de Yrigoyen, que siempre se había opuesto a que el radicalismo estableciera acuerdos con otros partidos. Pero además de este fundamento histórico y doctrinario, pensaban que la propuesta unionista, en vez de sumar apoyos podía restarlos, porque presentaría a la UCR en la indeseable compañía de todos los resabios del pasado. Frente a un Perón que bruscamente introducía en el escenario político un lenguaje nuevo y provocador, un estilo nuevo y desfachatado y un elenco nuevo que contrastaba con los solemnes y acartonados hombres de la oposición, este acuerdo -sostenían los intransigentes- restaba identidad al partido de Alem, lo comprometía con malas juntas y limitaba su propuesta solamente a la restauración del orden constitucional.

La poderosa máquina del oficialismo partidario triunfó sobre los contestatarios. A fines de diciembre de 1945, la Convención Nacional de la UCR aprobó la Unión Democrática y proclamó como candidatos presidenciales a José Tamborini y Enrique Mosca, ambos escasamente carismáticos, ambos provenientes de la línea alvearista. Contemporáneamente se

designó presidente del partido a Miguel Laurencena, uno de los más obstinados adversarios de Yrigoyen, y presidente de la Convención Nacional a Mario Guido, también de extracción alvearista.

Pero los intransigentes no hicieron mal papel en estas batallas. En las internas para elegir candidatos a legisladores nacionales de la Capital Federal, obtuvieron una cómoda minoría, lo que les permitió ubicar a Frondizi como tercer candidato a diputado y a Ricardo Rojas como aspirante a una de las dos senadurías.

En otros distritos tuvieron diversa suerte, pero fue en la provincia de Buenos Aires donde el éxito los acompañó sin vuelta, con un resultado que después tendría larga proyección en la política nacional.

Sucedía que la Convención de la Provincia tenía que designar los candidatos a gobernador, vice y diputados nacionales. Los intransigentes no tenían mayoría en el cuerpo, pero sí el número suficiente de delegados como para bloquear el quorum. El precandidato unionista era Ernesto Boatti, caudillo tradicional que había tejido durante años una red de lealtades que parecía hacerlo imbatible. Después de quince extenuantes intentos de reunir el cuerpo sin lograr número por la obstrucción de los intransigentes, éstos lograron su objetivo: que las designaciones se efectuaran mediante el voto directo de los afiliados.

El 13 de enero se realizaron los comicios internos en toda la provincia: los intransigentes, con un enorme entusiasmo y el apoyo de muchos compañeros de causa de otras provincias y de la Capital Federal; los unionistas, seguros de que la aceitada máquina de Boatti triunfaría sin sobresaltos. El resultado fue espectacular: el binomio intransigente compuesto por Juan Prat y Crisólogo Larralde triunfó. Ajustadamente, pero triunfó. Todavía hay quien sostiene que Roberto Parry, un irlandés ducho en las mañas políticas, que dirigía el estado mayor intransigente en la provincia, se valió de la vigilancia de la policía para evitar vuelcos de padrones y otras picardías en los puntos más débiles...

Así pues, contrariando la tendencia general del radicalismo, dos intransigentes pujarían por la gobernación y vice de la Provincia. Y lo que es más importante, la lista de candidatos a diputados nacionales sería mayoritariamente intransigente, encabezada por Balbín.

Por consiguiente, el desastre del 24 de febrero, que marcó la pérdida de la virtud mayoritaria del radicalismo, si bien arrastró también a los intransigentes, dejó a éstos bien posicionados para implementar el desplazamiento de la dirección partidaria.

Podían acusarla de haber seguido una estrategia equivocada y de hecho lo hicieron, calificando a los unionistas de “mariscales de la derrota”. Podían achacarles haber marginado las tradiciones más caras del partido y haber torcido aquellas esencias que habían hecho del radicalismo una fuerza popular y de avanzada. Podían reclamar una reorganización general que incluyera la caducidad de las actuales autoridades. Pero además, los intransigentes habían afirmado su organización y su mística. Y el bloque de diputados radicales en el Congreso, el célebre Bloque de los 44, estaba integrado por una mayoría de intransigentes, con la presidencia de Balbín y la vicepresidencia de Frondizi, lo que garantizaba que la oposición a Perón se llevaría a cabo sobre las ideas y valores que habían agitado los intransigentes. Y, como bien se vería, el bloque sería en adelante la grande y casi única tribuna opositora con capacidad de transmitir su mensaje a la opinión pública.

El Bloque de los 44 merece un párrafo aparte. Fue tal vez el conjunto parlamentario más notable de nuestra historia. Reunía a un grupo de hombres que, en general, tenía un alto nivel de preparación y una importante experiencia política. Entre intransigentes y unionistas reunían una temible fuerza de choque. Había en ese núcleo personalidades que servían para los más diversos menesteres. Para la exposición doctrinaria y económica, dicha con serenidad y altura, estaba Frondizi; para el ataque apasionado, Ernesto Sanmartino; para la denuncia resonante, Agustín Rodríguez Araya; para la reflexión de pensamiento,

Gabriel del Mazo o Antonio Sobral. En las cuestiones agrarias se destacaba Luis Mc Kay; en los problemas educacionales, Alfredo Calcagno; en los militares, Gregorio Pomar. Para la burla y la ironía, Nerio Rojas y Luis Dellepiane. Y en la defensa de las instituciones republicanas y los derechos ciudadanos, Balbín. El Bloque de los 44 fue un ariete formidable cuyo tono sintonizaba con lo que de renovador y creativo tenía el movimiento del que provenía la mayoría de sus integrantes.

En este nucleamiento faltaba un nombre. Moisés Lebenhson era el virtual creador del Movimiento Intransigente en la provincia de Buenos Aires, donde había militado sobre los cuadros más jóvenes del partido. Inmensamente pobre, era la contrafigura del dirigente radical típico, un profesional de clase media que dedicaba una cuota de tiempo y dinero para hacer su *cursus honorum*. Lebenhson, en cambio, se dedicaba a la tarea política con un fervor de apóstol. En autos de amigos o en asmáticos ómnibus, alojándose en casas de correligionarios o en hoteles de mala muerte, recorría infatigablemente la Provincia llevando su mensaje. Todos sabían que a la hora de pagar la cena había que hacerse cargo de la parte de Lebenhson, porque sencillamente no tenía dinero para responder. Era un orador espléndido, con una voz envolvente y seductora, y en sus discursos sus ancestros judíos lo llevaban a predicar tiempos de redención y un destino de Epifanía para América Latina. Justamente su condición de judío había influido en la feroz borrarina con que los boattistas impidieron que fuera candidato a diputado.

Este era el hombre que faltó en el Bloque de los 44. Pero su influencia en la elaboración del pensamiento y la estrategia del Movimiento Intransigente, fue enorme. Murió en 1953, después de haber desempeñado una sola vez un cargo electivo, en la Convención Constituyente de 1949, donde hizo un papel brillante como presidente del bloque radical.

Cuando los intransigentes, desde marzo de 1946, reclamaban insistentemente el relevo de la conducción partidaria, estaban apelando a una vieja tradición radical. Después de una

derrota electoral importante o después de un hecho político trascendente, era usual una reorganización, es decir la caducidad de las autoridades, la apertura de los padrones para una nueva afiliación y la elección de las direcciones partidarias.

Ahora, después de la derrota de febrero, cundía la inquietud entre la masa de afiliados y los intransigentes la capitalizaban para desplazar a la conducción unionista. Entretanto, lograron sacar un semanario, "Provincias Unidas", como virtual órgano del movimiento, abrieron locales y sus dirigentes principales recorrieron el país para ajustar adhesiones. Después de varios meses, la Convención Nacional -todavía con mayoría unionista- resolvió sustituir al Comité Nacional, reemplazándolo por una Junta Nacional Ejecutiva integrada por tres intransigentes y tres unionistas, con la presidencia del diputado Gregorio Pomar, que había integrado la lista unionista de precandidatos. pero cuyos antecedentes revolucionarios en los años 1931 y 1933 lo hacían simpático a los intransigentes. Pero si el reemplazo del Comité Nacional daba alguna satisfacción a los reclamos minoritarios y si la Intransigencia había obtenido una virtual paridad en el nuevo organismo, en realidad la resolución de la Convención Nacional era sólo un maquillaje, pues la Junta presidida por Pomar no tenía facultades para intervenir los distritos. Es decir que la prometida reorganización sería imposible, pues en importantes provincias sus comités de distrito estaban dirigidos por unionistas que no se resignaban a perder sus posiciones.

Después de algunos meses de forcejeos internos, los tres miembros intransigentes de la Junta publicaron un manifiesto en el que reclamaban la caducidad de todas las autoridades de distrito, el voto directo de los afiliados y el régimen de asamblea. Ante esta crisis Pomar pidió una nueva reunión de la Convención Nacional. Al mismo tiempo, el Movimiento de Intransigencia y Renovación reunió una Asamblea General el mismo día en que empezaba a deliberar la Convención Nacional, en los primeros días de enero de 1947. En esta asamblea se resolvió que los convencionales intransigentes no asistirían a la reunión del alto cuerpo y decidió una suerte de reorganización partidaria.

Se estaba, aparentemente, al borde de la división del partido. La Intransigencia se organizaba por su cuenta y dejaba librada la responsabilidad de las resoluciones de la Convención Nacional a la mayoría unionista. En la asamblea intransigente hubo voces, entre ellas la del respetado Ricardo Rojas, que clamaban por la “refundación del radicalismo”. Pero los intransigentes estaban apostando a un espectacular “bluff”. En sus declaraciones y discursos daban la impresión de estar decididos a abandonar la estructura oficial del partido y fundar un “auténtico radicalismo” con otros hombres y otro programa, pero en los hechos sabían que esto sería suicida.

La principal fuerza opositora no podía brindar el lamentable espectáculo de una división. Ni la masa de afiliados estaba preparada para apoyar tan drástica resolución, ni la opinión pública que apoyaba al radicalismo, sobre todo por la brillante actuación de su bloque parlamentario, toleraría semejante fragmentación. Era favorecer al régimen de Perón, cuyo autoritarismo crecía cada vez más. La estrategia intransigente consistía, pues, en aparentar la inminencia de una división, estirar la cuerda todo lo posible, pero quedarse dentro del partido y dar la lucha por la supremacía del radicalismo en las mejores condiciones.

La Convención Nacional, por su parte, resolvió ampliar la Junta Ejecutiva a 15 miembros y autorizarla a designar juntas reorganizadoras en los distritos pero -distinguía- “de acuerdo con las autoridades respectivas”. Esta vez, los miembros intransigentes de la Junta Nacional Ejecutiva permanecieron en ella. Nadie es tan tonto como para abandonar un partido cuya conducción está a punto de tomar...

A lo largo de 1947 los intransigentes desplegaron una intensa actividad. En agosto, en el mismo local de la ciudad de Avellaneda donde se había aprobado la famosa Declaración, se reunió el Congreso Nacional del Movimiento, con delegaciones de todas las provincias. Allí se aprobaron varios documentos que serían la columna ideológica de la tendencia: la “Profesión de Fe Doctrinaria”, redactada por Gabriel del Mazo, las “Bases de

Acción Política” calcadas de la “Declaración de Avellaneda” y una declaración política escrita por Moisés Lebehson. Se dispuso la estructura del Movimiento con autoridades nacionales y en cada distrito, y se recomendó a los dirigentes que no compartieran tribunas con radicales que no militaran en la línea intransigente.

Fue una asamblea importante, no sólo porque congregó a personalidades muy representativas sino porque precisó el pensamiento de la Intransigencia sobre los temas más trascendentes del país. En seguida profundizaremos la significación de estas tomas de posición.

Pero además, en ese año 47 se fueron produciendo elecciones internas en varias provincias, que permitieron a la Intransigencia tomar el control de varios comités de distrito, como el de la Provincia de Buenos Aires -cuyo presidente sería Lebehson-, el de Córdoba y otros. El voto directo hizo posible estos triunfos, que quedaron homologados en la constitución del nuevo Comité Nacional, en enero de 1948, cuando Parry fue elegido presidente por una pequeña ventaja. Señalemos que el Comité Nacional, órgano ejecutivo del partido, está integrado por cuatro delegados de cada distrito o provincia; en este caso, los intransigentes habían logrado disponer de una mayoría de distritos.

Pero fue en junio del mismo año 48 cuando la victoria intransigente se evidenció con toda su fuerza. Esta vez, por una amplia mayoría, fue elegido presidente de la Convención Nacional Ricardo Rojas. Además, la Convención Nacional incorporó como documentos del partido, la “Profesión de Fe Doctrinaria” y las “Bases de Acción Política” que había aprobado, casi un año antes, el Congreso del Movimiento de Intransigencia y Renovación. En lo interno, reformó la Carta Orgánica para establecer el voto directo de los afiliados en la elección de autoridades y candidatos, y dispuso que la juventud radical organizada debía integrar permanentemente los cuerpos orgánicos del partido. También aprobó un plan agrario y definió una política internacional basada en la neutralidad y la no participación del país en ningún bloque de naciones.

En un proceso de sólo dos años, el radicalismo había sacado de su propia entidad las fuerzas necesarias para renovarse, cambiar de elencos dirigentes, de lenguaje y de programa, para remontar el desastre de febrero de 1946 y convertirse en una alternativa de gobierno. Pocas veces se dio en nuestra historia política una reconstrucción tan dinámica y novedosa. Pero esa misma resurrección encerraba el germen de graves problemas que más tarde se plantearían.

¿Quiénes formaban las huestes intransigentes? Había algunas personalidades históricas que, más que dedicarse a la militancia, prestaban sus nombres para prestigiar al movimiento. Pero en general, los cuadros estaban formados por gente joven, estudiantes o profesionales de clase media, que en todo el país y con diversa intensidad trabajaban dentro del radicalismo en favor de su causa.

En la Capital Federal estos grupos se nucleaban alrededor de Arturo Frondizi. A los 40 años, Frondizi ya era una figura nacional respetada. Su sólida formación intelectual y, a la vez, su habilidad política, lo convertían en un tipo nuevo dentro del partido. Su aspecto de *schollar*, sus rigurosos discursos atraían a mucha gente, y no solamente radicales. Al mismo tiempo, en el distrito metropolitano la Intransigencia se apoyaba en la estructura montada por Francisco Rabanal, cuyos métodos proselitistas no diferían mucho del sistema de "punteros" barriales que usaba y había usado el unionismo.

En la provincia de Buenos Aires, dos personalidades se disputaban sordamente la hegemonía de la Intransigencia. Uno era Lebenhson, de quien ya hemos hablado. El otro, Balbín. Su emotiva oratoria, siempre con el mechón caído sobre la frente, siempre con el cuello de la camisa arrugado, tocaba las fibras más profundas de los corazones radicales. Activísimo en la tarea partidaria, su figura se engrandeció y convirtiéndose en un símbolo de las libertades retaceadas por el régimen de Perón cuando fue desafortado, detenido y después recluido en la cárcel de Olmos a lo largo de 1950. Crisólogo Larralde, Héctor Noblía, Oscar

Alende y otros dirigentes también formaban el elenco intransigente bonaerense.

En el interior, el hombre que gravitaba era Amadeo Sabattini, cuyo austero y creativo gobierno de Córdoba, entre 1936 y 1940, le había granjeado una inmensa popularidad. Desde su humilde casa de Villa María manejaba muchos hilos políticos algunos de los cuales -según sus idólatras- llegaban hasta los cuarteles.

Otros hombres jóvenes eran los referentes naturales de la Intransigencia: en Entre Ríos, Raúl Uranga; en Tucumán, Celestino Gelsi; en Córdoba, Arturo Illia y Arturo Zanichelli; en Santa Fe, Carlos Sylvestre Begnis y Héctor Gómez Machado, después de la deserción al peronismo de Pedro Murúa, fundador de la Intransigencia santafesina. Y muchos otros que sería largo nombrar.

De este conjunto, que el tiempo y las aspiraciones personales disgregaría, se sustentaba el movimiento que había dado otra imagen a la UCR. Movimiento que, no olvidemos, fue la matriz donde se formaron cuatro presidentes argentinos: Arturo Frondizi, José María Guido, Arturo Illia y Raúl Alfonsín.

Omitiremos en esta reseña muchos acontecimientos ocurridos en el país desde 1948: la reforma de la constitución de 1949, la reelección de Perón en 1951, con la oposición de la fórmula radical Balbín-Frondizi, el fallecimiento de Eva Perón en 1952, la elección de vicepresidente en 1954, el derrocamiento de Perón en 1955.

Sólo recordaremos que en 1954 Frondizi fue elegido presidente del Comité Nacional. Dos años después, bajo el régimen de la Revolución Libertadora, fue proclamado candidato a presidente de la Nación por la Convención Nacional reunida en Tucumán. Esto provocó la separación de Balbín y sus seguidores, acompañados por los unionistas y los sabattinistas. Habría mucho que hablar de estos hechos, pero me limitaré a recordar que en febrero de 1958 el candidato de la UCR Intransigente triunfó ampliamente, con el apoyo del peronismo proscripto. Frondizi asumió el 1° de mayo.

Y es entonces cuando apareció la vieja factura que estaba pendiente desde una década atrás: el Programa.

Como se recordará, la Intransigencia, al tomar la conducción del partido en 1948, había dispuesto un programa tomado en su mayor parte de la Declaración de Avellaneda de 1945. Este programa se había venido reafirmando en reuniones de los altos cuerpos partidarios, en congresos realizados sobre temas específicos, como el agrario, educativo, etc. Y además se había convertido en una suerte de ícono ideológico mediante la intensa prédica de los activistas. Fue el programa lo que sedujo a numerosos sectores, de diverso origen, que acompañaron la candidatura presidencial de Frondizi, al punto de que una de las consignas de la campaña fue “Frondizi y el Programa”.

Pero Frondizi sabía que el Programa era inviable. Elaborado sobre el pensamiento estatista, autarquizante y nacionalista de la postguerra, no resistía ahora una realidad nacional y mundial que había cambiado totalmente. Durante su campaña, Frondizi intentó dar algunas señales en el sentido de que no estaba dispuesto a esclavizarse a sus postulados, pero estos indicios no fueron entendidos por sus simpatizantes.

Pero ¿cómo se podría poner en marcha una “reforma agraria inmediata y profunda” cuando el campo estaba pauperizado por las exacciones del régimen peronista y necesitaba inversiones y tecnología para alcanzar rendimientos rentables? ¿Se podía pensar en una “democratización industrial con participación de técnicos, empleados y obreros en la dirección y utilidades” de las empresas cuando de lo que se trataba era de apoyar a la industria liberándola de la importación de combustibles y los royalties extranjeros? ¿Era posible la “nacionalización completa del petróleo” cuando era urgente lograr a toda costa el autoabastecimiento, evitando la sangría anual de 300 millones de dólares que costaba la importación del combustible? ¿Podía pensarse en la “no participación en bloques políticos, económicos y militares” cuando el mundo vivía las alternativas de la guerra fría?

Frondizi, al asumir la presidencia, produjo en pocos meses políticas que contradecían totalmente el Programa. Los

contratos con empresas privadas extranjeras para extraer petróleo, la ley que abría la posibilidad de crear universidades mediante la iniciativa privada, la desregulación económica consistente en la abolición del control de cambios, la anulación de subsidios, la libre cotización del dólar, seguidos por la desnacionalización del Frigorífico Lisandro de la Torre y la racionalización ferroviaria con clausura de ramales improductivos, en fin, la política internacional de abierto apoyo al mundo "occidental y cristiano". Con el mismo criterio frenó las iniciativas de reparto de grandes extensiones de tierra que en la provincia de Buenos Aires promovió el gobernador Alende, bajo la inspiración de su joven Ministro de Economía Aldo Ferrer. Todo ello y otras muchas iniciativas evidenciaron que, a juicio del presidente, el pensamiento de Avellaneda había quedado atrás, era obsoleto.

Frondizi hizo lo que debía hacer como gobernante, pero su súbito abandono del programa le significó un enorme costo. Perdió credibilidad, dio pábulo a que lo consideraran un maquiavelo y deterioró la legitimidad de su investidura. En su propio partido se escucharon airadas voces disidentes, aunque las críticas en este campo no llegaron a mayores por el afecto y la confianza que le profesaba la mayoría de sus compañeros de causa. Pero en muchos casos, estas silenciosas discrepancias fueron el germen de alejamientos que durante su gobierno y después lo fueron aislando y debilitando.

Por supuesto, el de Frondizi no es el único caso de un gobernante que llegó al poder en alas de un programa que luego tuvo que cambiar. Recordemos a De Gaulle cuando fue llevado a la presidencia de su país en 1958 sosteniendo la necesidad de conservar a Argelia en manos francesas, y a la vuelta de dos años accedió a la independencia de la antigua colonia. O a Felipe González, que durante su campaña rechazó la entrada de España en el Mercado Común y luego promovió y consiguió este ingreso.

El Movimiento de Intransigencia y Renovación había sido el motor de la resurrección radical después del fracaso histórico de 1946. Pero las banderas que enarboló para su lucha interna

fueron alzadas con tanto fervor que, cuando se declinaron, sus correligionarios sintieron una gran frustración. Era como renegar de aquellas etapas movilizadoras, audaces y optimistas asociadas a la condición del opositor puro, el que no está atado a ningún compromiso y no tiene que enfrentarse con las disyuntivas con que tropiezan los gobernantes. En el llano se puede decir o hacer cualquier cosa, pero cuando el político llega a la responsabilidad del poder, las cosas dejan de ser nítidas, ya no son negras o blancas y el estadista debe, muchas veces, forzar sus propias convicciones para hacer lo que conviene, lo que es bueno para la comunidad.

Este fue el drama de los hombres del movimiento intransigente. Un ideario voluntarista, casi utópico, sirvió para dinamizarlos y dar contenido a sus batallas internas y a la lucha contra Perón. Pero después, la realidad, que como decía Lenin, es obstinada, los cercó y los obligó a dejar atrás lo que habían sostenido con sinceridad. La trayectoria de estos dirigentes nos conduce al eterno tema de los fines y los medios, a la definición de una ética en el campo de la política y a meditar sobre los peligros que entraña ceñirse a compromisos ideológicos que pueden convertirse en verdugos de quienes los han asumido.

Pero también la saga del Movimiento de Intransigencia y Renovación puede verse como una bella aventura en el juego político argentino, y acaso merezca un análisis más profundo que el que he intentado en esta superficial reseña.